Domingo XXXII – Estemos preparados

Nos acercamos al fin del año litúrgico (la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo), y la liturgia se enfocará durante algunas semanas en el tema de la Venida del Señor y el Fin de los Tiempos. Es cierto que no sabemos "ni el día ni la hora" en que tendrá lugar este acontecimiento, pero, aunque deba verificarse en un futuro lejano, el fin se anticipa y nos alcanza de diferentes modos: ante todo, nuestra muerte, y también los signos que a lo largo de la vida nos testimonian su transitoriedad. Por eso, es urgente e imperioso que nos preparemos para el encuentro definitivo con el Señor. A eso se refiere la parábola de las diez jóvenes.



William Blake, *La parábola de las vírgenes prudentes y necias* (1799–1800, acuarela, Metropolitan Museum of Art, Nueva York)

Conforme al rito nupcial de ese tiempo el novio, el día de las bodas, iba a la casa de la novia y la llevaba en procesión festiva a su propia casa, para comenzar la vida matrimonial. A veces su llegada se demoraba por negociaciones de último momento entre las familias. Las diez jóvenes de la parábola serían probablemente parientes del novio que tenían la misión de escoltarlo en su ingreso a la sala nupcial. Pero cinco de ellas, prudentes o sabias, habían llevado aceite de repuesto para la

eventualidad de la demora, mientras que las demás, necias, no lo hicieron. Ante la tardanza, todas se quedaron dormidas, pero a medianoche una voz las despertó: “¡Llega el esposo! ¡Salgan a recibirlo!”. Las prudentes no tuvieron dificultad en encender sus lámparas mientras que las necias no pudieron. Pero las primeras se niegan a compartir su aceite, obligando a las necias a ir a comprarlo en el mercado. Mientras lo hacían, llegó el novio y junto con las prudentes entró en la sala nupcial y la puerta se cerró. Cuando llegaron las necias, golpearon la puerta ansiosamente: “Señor, Señor, ábrenos”, pero éste les respondió desde dentro: “No las conozco”.

Quizás el relato nos genere más simpatía por las necias que por las prudentes, pero la clave está en su sentido simbólico. El esposo esperado es Jesucristo. La lámpara encendida es la fe, la luz que brilla en la oscuridad del mundo. El aceite es la fidelidad, que consiste en las obras de amor a Dios y al prójimo. Las sabias son las que se mantuvieron fieles en la tardanza, las necias son las que, cansadas de esperar, abandonaron esa fidelidad cotidiana. Todas se quedan dormidas porque nadie sabe “el día y la hora” de la Venida del Señor, para sabios y necios será siempre una sorpresa. El aceite no puede ser prestado porque representa la responsabilidad personal que es indelegable. La puerta se cierra definitivamente, porque la Venida del Señor pondrá fin a nuestra posibilidad de convertirnos. Las palabras finales del Esposo no se refieren a un descuido incidental, sino que es la condena a una vida necia, que ha renegado de la fe.

Queda claro que la necedad consiste en olvidarse del fin y vivir en este mundo como si fuera algo eterno, rechazando todos los signos de su fugacidad. La sabiduría, por el contrario, es vivir orientados hacia la meta del encuentro definitivo con el Señor, ordenando lo transitorio a lo eterno. En el Ave María le pedimos a la Virgen que interceda por nosotros “ahora” (en el hoy de nuestra vida terrenal) y “en la hora de nuestra muerte”, que el momento decisivo nos encuentre preparados, un pensamiento que no está inspirado en una visión trágica de la vida sino en la esperanza.

La visita del Papa evoca la Venida del Señor, tanto la primera, su Venida “en la carne” que nos llama a la conversión, como la segunda, su Venida “en la Gloria”, que nos urge a la vigilancia. Como Sucesor de Pedro, León XIV ha recibido de Jesús la misión de “confirmar a sus hermanos” en la fe y en la esperanza. Que su visita nos ayude a vivir en este mundo sabiamente, con fidelidad, para que cuando venga el Señor podamos salir a su encuentro con nuestras lámparas encendidas.

P. Gustavo Irrazábal

8-11-2026